



Eje Urbanismo y radicalidad democrática en Barcelona

Una historia contradictoria

La Barcelona moderna nace de un sueño: la “ciudad igualitaria” que proyectó Ildefons Cerdà en 1859 y que toma forma con las agregaciones de varios municipios y villas vecinas. Pero la construcción de la ciudad impulsada por la burguesía catalana generó especulación, despreció las realidades de los municipios incorporados y privatizó espacios que debían ser colectivos. La ciudad de calidad se dirigió sólo a los territorios de las minorías privilegiadas, abandonando el centro histórico y los barrios populares de la periferia.

La gente de Barcelona, sin embargo, resistió, y con su trabajo y su coraje hizo ciudad, precaria y deficitaria, pero digna. Salvador Seguí decía: “Esta ciudad la han hecho los trabajadores, y los burgueses se la han apropiado. Pero un día será nuestra.”

La Segunda República llegó como resultado de unas elecciones municipales y se proclamó en primer lugar en Barcelona. El urbanismo se puso al servicio de las demandas populares y el sistema cooperativo tomó un rol central. Pero la dictadura franquista impuso otra lógica. Más tarde, en los años 60, el urbanismo “desarrollista”, conocido como porciolismo, abandonó los barrios populares históricos, los de nueva construcción y de autoconstrucción. La construcción para la población trabajadora era de mala calidad, sin servicios ni equipamientos.

Pero la ciudadanía se manifestó con fuerza a finales de los 60. Hombres y mujeres de las llamadas periferias soñaron una ciudad y unos barrios. Con sus luchas paralizaron proyectos impulsados por la oligarquía, como el Plan de la Ribera, a través del cual se quería convertir Barcelona en “una Copacabana de lujo”, también lograron convertir en equipamientos públicos edificios históricos, como la Casa

Golferichs, ante los intentos de derribarlos. Y, sobre todo, mejoraron sus barrios.

Las asociaciones vecinales, algunos colegios profesionales, la prensa local, el Centro de Estudios Urbanos Municipales y Territoriales (CEUMT), el Laboratorio de Urbanismo de Barcelona (LUB) e incluso el Círculo de Economía, fueron expresiones de un movimiento ciudadano crítico y alternativo. Se consolidó una cultura urbana democrática que sirvió de base para los programas de los partidos y movimientos progresistas que ganaron las primeras elecciones municipales en 1979.

Durante los años 80 la revolución democrática transformó la ciudad. Las reivindicaciones vecinales lograron recuperar terrenos para la ciudad, como las Cocheras y la Plaza de Sants, y dotarse de equipamientos, como el primer centro de planificación familiar en Torre Llobeta, lucha líder de las vocalías de mujeres, entre muchos otros. Las actuaciones de la época mejoraron la ciudad y las condiciones de vida de la mayoría de la población. Se optó por regenerar barrios degradados, como Nou Barris, con la construcción de espacios públicos y equipamientos municipales.

Se impulsaron nuevos espacios verdes, como el Parque de la Oreneta. El urbanismo revirtió desigualdades sociales y mejoró la calidad de vida de la ciudadanía.

Pero está la otra cara. La transición no lo acabó todo. Las grandes familias de Barcelona, como los Sanahuja, los Figueras, los Núñez y Navarro, y los Samaranch, entre otros, continuaron concentrando importantes cuotas de poder. La especulación inmobiliaria, la insuficiencia del transporte público, la ausencia de un enfoque metropolitano y la complicidad con los *lobbies* privados son aspectos que se arrastran desde aquella época.

Así, las obras para los Juegos Olímpicos del 92, a pesar de impulsar la construcción de importantes infraestructuras como la red de alcantarillado, y de abrir la ciudad al mar ganando playas y lugares de recreo, ya dejan entrever un cambio de tendencia. Se incentiva un urbanismo excluyente, a través de hoteles de lujo, como el Hotel Rey Juan Carlos I, y de grandes centros comerciales, como la Maquinista, en detrimento de los barrios y el patrimonio urbano, y se prioriza el coche privado con la construcción de las rondas. Las obras olímpicas tampoco se aprovecharon para hacer frente a las necesidades de vivienda social, y se entregó toda la Villa Olímpica al mercado privado.

Las administraciones, sin embargo, lograron convertir en hegemónico el mensaje de éxito del nuevo urbanismo. Este éxito, especialmente visible gracias a los Juegos Olímpicos, atrajo, a partir de 1995, nuevos promotores, constructores y capitales financieros. La construcción de grandes centros comerciales entendidos como áreas de nueva centralidad, como el Maremagnum o Diagonal Mar, o la creación del Meeting Point, explican este cambio de tendencia. A través de los planes estratégicos el planeamiento público se sustituyó por el planeamiento al servicio de los promotores privados.

Últimamente, la especulación hotelera liderada por el sector del Fòrum 2004 y más tarde el proyecto *Smart City* han evidenciado la total separación entre la ciudadanía y el Ayuntamiento. Lo que antes se hacía con cierta mala conciencia, ahora se hace con cinismo y triunfalismo: se privatizan las aceras de las calles de la ciudad; los parques se ponen al servicio del turismo, como es el caso del Parque Güell; ofrecen zonas enteras y bien posicionadas a los capitales financieros internacionales, como la zona del Port Vell y el nuevo sector portuario, y se promueve el turismo de masas en barrios populares como la Barceloneta, Poblenou o el Poble-Sec, en detrimento de los residentes. El pie de la montaña de Collserola se abre a la

especulación. Los barrios populares siguen olvidados.

La lucha vecinal para dignificar los barrios, para detener los desahucios de familias empobrecidas y para acceder al transporte público, contrasta con la voluntad municipal de priorizar obras faraónicas, como el soterramiento del tráfico rodado en Glòries, con un coste estimado de 170 millones de euros, o de proyectos estafalarios como la construcción de una pista de esquí en la Zona Franca. Todo ello cuando continúa sin resolver la finalización de la Línea 9 del metro. El resultado es un sentimiento de desposesión de la ciudadanía y una insoportable dificultad para acceder a la vivienda, para disponer de espacios de recreo y de equipamientos culturales de proximidad. En definitiva, una insoportable dificultad para disfrutar de la ciudad.

Hoy, el poder político y el poder económico destruyen la ciudad. La Barcelona de “modelo” se ha convertido en “marca”. La resistencia social, sin embargo, cada día es más fuerte, y es que, como dijo el historiador Hobsbawm, Barcelona ha sido, desde finales del siglo XVIII, la ciudad más “revolucionaria” de Europa.

Ganar el urbanismo, por una ciudad justa, sostenible, con memoria y participativa

1. Por un urbanismo redistributivo

» Queremos detener la emergencia habitacional impidiendo los desahucios que afectan a familias empobrecidas y garantizando, en última instancia, un realojo digno a través del alquiler forzoso de los pisos vacíos en poder de bancos, fondos buitres y grandes inmobiliarias. No queremos pisos vacíos mientras haya familias desahuciadas.

» Queremos que la ordenación de la ciudad detenga la segregación urbana priorizando los intereses de las mayorías y, especialmente, los de la población más desfavorecida. Esto significa combatir las desigualdades sociales entre barrios

y personas, promoviendo equipamientos públicos o autogestionados que ayuden a crear nuevas centralidades, fomentando un parque público de alquiler social accesible para todas las personas, y garantizando un sistema de movilidad socialmente justo que conecte todos los barrios de la ciudad metropolitana.

- » Queremos más y mejor espacio realmente público, recuperando las plusvalías que generan los procesos de transformación urbanística, controlando el precio del suelo y poniendo fin a la especulación. Hay que aprovechar todas las posibilidades de intervención de que dispone el Ayuntamiento, como el derecho de tanteo y retracto, para detener procesos especulativos.
- » Queremos favorecer la ciudad reproductiva, haciendo compatibles las actividades domésticas y de cuidado y las actividades profesionales en las diferentes etapas de la vida. Queremos impulsar la ciudad productiva, protegiendo el tejido industrial, la economía social y cooperativa y el comercio de proximidad. El concepto y la práctica de la smart city deben ser una herramienta para la redistribución y no un negocio empresarial. Igualmente, hay que recuperar el litoral de la ciudad. La ciudad igualitaria es mezcla.

2. Por un urbanismo sostenible

- » Queremos preservar el mejor legado para las generaciones futuras. Porque los recursos energéticos son limitados y porque tenemos al alcance diferentes formas de energía, es necesario mejorar la eficiencia energética del transporte metropolitano y de los edificios.
- » Queremos una ciudad con un sistema de movilidad más saludable, más eficaz, más amable y no agresiva, que disminuya los niveles de contaminación ambiental y acústica, y el número de accidentes de tráfico. Esto nos obliga a priorizar un sistema metropolitano de movilidad basado en los peatones y en la bicicleta, en el uso del

transporte público, y en el vehículo privado, por este orden. Hace falta, pues, reorganizar el espacio público para hacer que sea más humano y realmente accesible para todos.

- » Queremos un espacio público en el que los niños puedan ser protagonistas. La ciudad pensada para los niños y niñas es más atenta a los sectores vulnerables y favorece la socialización intergeneracional. Hay que crear nuevas categorías de espacios públicos no calificados, libres, autogestionados y seguros.
- » Queremos una política de rehabilitación de la vivienda al alcance de todos y que mejore la funcionalidad y accesibilidad de las viviendas, las haga eficientes energéticamente, genere trabajo digno e impida usos especulativos. Queremos un urbanismo sostenible también en términos económicos. Que evite el derroche energético de los equipamientos públicos y el sobreendeudamiento que conllevan infraestructuras faraónicas de dudosa utilidad pública. Queremos, en cambio, unos tejidos urbanos con comercios y usos de planta baja que favorezcan las redes sociales. La ciudad sostenible cuida de las generaciones presentes y futuras.

3. Por un urbanismo con memoria

- » Queremos proteger y revalorizar el patrimonio monumental, el industrial y el de los barrios populares de la ciudad heredada para reforzar las redes sociales que les dan identidad y para evitar la expulsión del vecindario. El pasado nos deja olvidos ofensivos que hay que recordar, y recuerdos traumáticos que hay que dotar de nuevos usos y sentidos. Hay que reivindicar el patrimonio como espacio para la educación de la ciudadanía y como lugar donde debatir qué puede ser la nueva ciudad.
- » Queremos favorecer el asociacionismo desde la protección del comercio local, la cultura propia, los valores del espacio

público, etc., poniendo en valor los factores de proximidad que hacen la ciudad más sostenible, amable y segura, y evitando que el dominio del turismo expulse y desvirtúe el asociacionismo y el uso popular de la ciudad.

- » Queremos reforzar el perfil propio de cada barrio, de cada municipio y de la estructura metropolitana, su identidad construida en el tiempo y su dinámica propia. La ciudad del futuro debe ser el resultado de una renovación urbana al servicio de la gente y de la economía productiva y no de los sectores económicos financieros.

4. Por un urbanismo participativo

- » Queremos poner fin al despotismo ilustrado y el abuso de poder de los lobbies económicos, y poner el urbanismo al servicio de las personas. No queremos un urbanismo secuestrado por el mercado.
- » Queremos procesos urbanos transparentes y comprensibles, que promuevan la participación real y vinculante de la ciudadanía y que respondan a las prioridades

sociales del vecindario. Entendemos la participación como la posibilidad de la sociedad civil organizada y de los interesados, de acceder a la información y de incidir en el proyecto urbanístico presencialmente ya través de las nuevas tecnologías. También conocer los retrasos en la ejecución y los desvíos presupuestarios, y pedir, en su caso, responsabilidades. La ciudad debe ser una construcción colectiva con información y transparencia.

- » Pero la participación no se desarrolla sólo en los procesos de gestión, sino también en las actividades de barrio y en la autogestión. Por eso hay que dotar de herramientas que faciliten la autogestión de los barrios, como el hecho de disponer de espacios propios.

En definitiva, amamos a Barcelona y queremos recuperarla para todos. Nunca existirá un proyecto de ciudad terminado, que dé respuestas a todo ya todos, pero nos comprometemos a construir un nuevo diálogo con todas las personas ilusionadas en una ciudad abierta y justa.

